

TRIUNFO, con el jefe árabe de Palestina

ARAFAT, EL GUERRILLERO

«¿Que cómo es mi vida cotidiana? Como la de todo mi pueblo. La vida de un guerrillero». Yasser Arafat nos ha recibido en su esporádica residencia de Argel, allá arriba, en el barrio de El Biar. Ahora nos hablará de sus razones, de las razones de un millón de refugiados, de las razones de cien millones de árabes. Contra lo que una hipótesis precipitada pudiera sugerir, el despliegue práctico de estas razones no se encuentra animado por una vocación aventurera. Hay, primero, una voluntad justiciera. Hay, en seguida, una vocación política.

En Occidente se «romantiza» la acción árabe por una parte, o se sentimentaliza la tozudez sionista, por la otra, con el recuerdo de las cámaras de gas hitlerianas. Resulta difícil contemplar con objetividad esta tensión creciente, este largo conflicto tan empañado por propagandas, más enraizadas en los intereses de las grandes potencias que en el cuadro real de la lucha. Es que Occidente, una vez más, no entiende su propio lenguaje, el de la legalidad, el del Derecho.

En efecto, el 27 de julio de 1967, una reunión de juristas celebrada en Argel para desentrañar el problema palestino y clarificarlo sobre esquemas legales, emitió un dictamen contundente y preciso, fundamentado en un análisis histórico y en un riguroso planteamiento actual, que contradecía las tesis del periodista austriaco Teodoro Herzl, quien en 1896 había propuesto la invención de un estado judío en tierras de Palestina, idea que nutriría toda la actuación sionista posterior, bien instalada en el juego de los intereses petrolíferos.

Los abogados árabes llevaron a cabo un estudio exhaustivo



del prolongado proceso histórico que se desarrolló sobre el solar que recibe la acción benéfica del Jordán. Y demostraron, con criterios científicos, primero la inexistencia de una nación judía (no hay, en este caso, comunidad de lengua, ni de geografía, ni de cultura, ni siquiera... de religión) y después la presencia durante millares de años de una población semita —también los árabes son semitas— cuya marcha a través de la historia arranca de las tribus cananeas para llegar hasta los desposeídos de hoy. Conclusión: Palestina es árabe desde hace cuatro mil años.

Ahora, la diaria realidad de Palestina es la guerra. Los «feddayines» defienden en el combate el derecho a sus tierras, los sionistas de Dayan —el gobierno de Israel está dominado por las fuerzas más reaccionarias— practican una represión sistemática que persigue un bien definido objetivo de demoralización, puesto que alcanza hasta a los campesinos pacíficos que malviven en las zonas afectadas por la guerra. Hay cifras incontrovertibles: el 20 de noviembre de 1969 había en las prisiones de Israel 2.816 árabes palestinos y 100 árabes «israelíes», mientras que seis meses después de la guerra del 67 sólo había 800 árabes. La confrontación, pues, se vigoriza cada día; la lucha se intensifica, se hace más viva y cruenta. El 12 de noviembre, el propio Dayan se sintió obligado a reconocer que el movimiento de resistencia palestino había «tenido éxito en enraizarse en la masa árabe», según el informe del periodista francés Cygielman. Hablando de la represión, hasta el israelí Haaretz llegó a reconocer que «los inocentes son confundidos con los culpables». En Tel Aviv los más

Por EDUARDO G. RICO



Yasser Arafat ha recogido las razones de un millón de refugiados y las razones de cien millones de árabes. Contra la sistemática represión de los sionistas, los guerrilleros defienden en el combate el derecho a sus tierras.

progresistas temen que la sanada política de Dayan, tan análoga a la nazi, termine con «la democracia y las libertades». Esta política asume una agresividad tal y un desdén tan grande a toda legitimación, que viola flagrantemente el Derecho Internacional, puesto que interpreta, en los hechos, como anexados, los territorios ocupados en acción de guerra.

En este marco se inscribe el decidido combate de la organización Al Fatah, bajo la dirección de Yasser Arafat. Tales son las razones que determinan la firmeza del «feddayin». La suya es una respuesta que, si la necesitara, contaría con el apoyo del Derecho. Pero es seguro que las fuerzas del sionismo le impidan preocuparse de la historia. En principio, su lucha es la de aquellos que defienden su vida. Arafat y su organización le infunden contenido político, orden, una estrategia coherente con su perspectiva como pueblo.

Yasser Arafat, ingeniero —como Guevara médico—, ha mar-

ginado, seguramente para siempre, su actividad profesional. La lucha liberadora se lo ha exigido así. Y le exige mucho más. Ayer, quizá, tuvo que pelear en el desierto con su AK-47. Mañana se entrevistará con un jefe de estado o empuñará de nuevo el fusil.

Hoy está con nosotros. Lo guarda, con responsabilidad, el F.L.N. argelino. Llegar hasta él no ha sido fácil. No parece hombre de entrevistas, sino de respuestas prácticas. Cubierto con su «cuffiéh», que ya se ha elevado a símbolo, nos habla en inglés y en árabe, en presencia de jerarquías del F.L.N. Se nota en seguida que en esta villa de hermoso estilo árabe, sentado sobre este sofá, no parece encontrarse cómodo. Mientras Francisco Cerecedo pregunta y Bachir Rezzoug traduce, observo cómo, inquieto tal vez por sus proyectos, se revuelve en el confortable asiento. Por sus proyectos o porque se advierte fuera de la costumbre, del hábito del guerrillero, tan certeramente evocado por

su pistola al cinto y su indumentaria de combate; también por su austeridad personal: brindamos con fresca naranja de Argelia, y él habla sin retórica política, con breves y radicales afirmaciones que no se alejan un punto del programa de Al Fatah. Si se observan con atención sus ademanes, sus gestos, su misma sonrisa, puede pensarse que sus renunciaciones al ingresar en la vida guerrillera no han sido pocas. La conversión de Yasser Arafat en Abu Amar («el padre de la resurrección»), su nombre de guerra, ha representado, seguramente, la conclusión de un lento proceso de toma de conciencia. Hoy la suerte está echada, él es la máxima figura de la revolución palestina, su vida cotidiana una vida de combate; su enemigo, cualquiera de las formas de la explotación. No es un rebelde más, sino la encarnación del árabe-rebelde, visto quizá con recelo por más de un gobierno de «la gran nación». ¿Para qué pedirle que nos hable de otros

gobiernos, de U.S.A. o de la U.R.S.S., de las ambigüedades y contradicciones francesas, si en su perspectiva no existen los gobiernos, sino los pueblos? Los gobiernos pasan y los pueblos permanecen. Y en las paredes de Argel campea una consigna más elocuente que cien declaraciones: «Mi identificación es mi fusil». Es la mejor expresión de una política que fuerza a los árabes a entenderse por encima de sus fronteras, la política de Arafat, una política-revulsivo, una política que tiende a crear nuevas condiciones políticas, una política que redundantemente politiza, convoca y forma por vías de urgencia, puesto que debe responderse sin demora, la propia existencia se halla en juego. Más adelante se hablará de ideología, pero ahora, en pleno combate, hay que replicar, la teoría puede convertirse en un lujo intelectual. Ya se definirá la estrategia, ahora se empuña el fusil.

No hay que mitificar al guerrillero, no hay que mitificar a este hombre que va de Argel a El Cairo y de El Cairo al mar de arena de su tierra. Elevar su perfil a mito supondría contradecir la voluntad que determina su actuación. Hay que verle hombre, en la misma cresta de un conflicto entre hombres, esforzándose en dominarlo. Yasser Arafat es ahora Abu Amar, atrás queda el ingeniero de Kuwait, atrás quedan cuarenta años de experiencia —su edad—, y quien comparte con nosotros esta hora argelina es el guerrillero, el hombre de Palestina, por no decir el hombre del mundo árabe, al menos en esta encrucijada histórica. ■ E. G. R. (Fotos: F. CERECEDO y ARCHIVO.)



Yasser Arafat y el enviado especial de TRIUNFO, Eduardo G. Rico, en Argel.